

ELOGIO DESMEDIDO DE ANA MARIA MOIX

Como un gato perdido, yendo de un lado a otro en una reunión extraña, como un gato asombrado, otras veces, escuchando desde la alfombra la historia o cotilleo que alguien cuenta, como un gato tristísimo, huérfano, mirando con ojos enormes desde su refugio del rincón de un sofá, como un gato cariñoso, dulce, que te roza al besarte: como un gato es Ana María Moix.

Gatos hay por todas partes, en pueblos, ciudades y grandes capitales, pero no todos tienen su gracia. Me refiero a hombres-gato, y mujeres-gato, por supuesto. Y Ana María es una chica-gato con clase, eso se ve en seguida. Consigue transformar su piso de la calle Villarroel en una casa misteriosa, en un cubil en el que yo me quedaría muy a gusto, esperando buenísimas meriendas, visitas fascinantes y acontecimientos morbosos, sabrosos, tan cerquita del Mercado de San Antonio, con pan y plátanos los días de diario, y libros de lance los domingos por la mañana.

Ana María camina mucho las calles de Barcelona, sospecho que sin rumbo fijo, y si entra en los bares, pasa de atender la conversación de sus acompañantes a escuchar la discusión de dos empleadas que han salido de una oficina a tomarse el café. Su tiempo es lento, parece saborearlo, con pena, con el despecho de quien sabe que cada día ese tiempo le aleja más del reino afortunado de la infancia, de la irresponsabilidad total, del furor y la alegría.

A veces he pensado que la Moix participa de uno de mis mayores deseos: que esta sociedad absurda me incapacite legalmente, para no ser ya nunca responsable de nada. A un incapacitado, pienso, no se le dan consejos, no se le prohíbe nada, pues todo lo que que haga es nulo, ¡nulo!. El col-

mo de la felicidad, la antesala del posible amor total, la anulación del acto y del actor, de la función y de los espectadores.

Ana María Moix siempre será una novísima rodeada de viejísimos, pues haga lo que haga y escriba lo que escriba, esta chica-gato no va a cambiar, sus poemas futuros serán tan frescos como las Baladas del dulce Jim. Colegiala impenitente, seguirá observando, en general, buenas maneras, pero hará bellacuerías detrás de las puertas y en los lavabos, leerá libros prohibidos y escribirá novelas y poemas que harían enrojecer y sulfurarse a la Madre Superiora que, ay dios, ya no existe más.

Sería una pena de las que producen náuseas saber que todos, todos los que quisieron cambiar un día el mundo, han sentado la cabeza - es decir, poniéndola donde debe ponerse el culo + y consideran la infancia y adolescencia como una cana al aire, como pecados de juventud. Con la Moix se puede andar seguro: es de las personas que no fallan, que no te dejan en la estacada moral, en la intemperie intelectual del adulto-niño, del inocente mancillado.

Mucha gente tiene un paraíso imaginario, un lugar al que desea volver o ir por vez primera, ya sea mientras esté vivo, ya después de la muerte, para los creyentes. Y casi ninguno de esos lugares, pienso, me sería afecto. Pero el jardín o el balcón o la playa o la habitación o la azotea a la que siempre quiere regresar Ana María, me tientan. Sé que serían lugares buenos para mí, sitios en donde nadie me acosaría, en donde se podrían escuchar y contar historias, en donde, de vez en vez, alguien diría: !Ana María, niños, a merendar!